

LA LITURGIA, CAMINO Y HOGAR DE INTERIORIDAD. UNA REFLEXIÓN CON OCASIÓN DE LOS CINCUENTA AÑOS DEL CONCILIO VATICANO II

Juan Pablo MARTÍNEZ, OAR

Importancia de la liturgia en el hoy de la Iglesia

Cincuenta años han pasado desde la clausura del Concilio Vaticano II, a lo largo de los cuales la Iglesia ha sido testigo de innumerables cambios sociales, políticos y religiosos, muchos de ellos iluminados quizá por las enseñanzas de los documentos conciliares. El 4 de diciembre de 1963 veía la luz el primero de ellos: la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia, que manifestaba la necesidad y la urgencia de acercar los misterios de la vida de Cristo a los fieles a través de las celebraciones litúrgicas, haciéndolas significativas y actuales en el contexto propio de cada región; pero también se convertía en la carta de navegación que iluminaría los documentos sucesivos.

Es indudable la importancia que este documento ha tenido en el ser y en el hacer de la Iglesia, ya que la liturgia, en efecto, «no es un tratado de teología, un catecismo, una encíclica, o una catequesis, sino un acto cultural en el que Dios y su pueblo, por Cristo en el Espíritu, hacen un intercambio de bienes en un clima de íntima comunión»¹. Lo que el concilio pretendía con la renovación de la liturgia no era simplemente instruir al pueblo en lo que a partir de ese momento debía cumplir, practicar o decir, sino hacer de la Iglesia «una comunidad de culto que alaba, glorifica, da gracias, pide ayuda, demanda perdón, en una palabra: una comunidad que cree, espera y ama»².

Esta renovación se había iniciado ya a mediados del siglo XIX con el Movimiento Litúrgico, que pretendía restaurar la liturgia y recuperar su carácter simbólico y celebrativo. Uno de los grandes impulsores de esta restauración es

1 J. A. ABAD, «*Lex orandi, lex credendi*. La liturgia, expresión y norma de fe»: AA.VV., *La liturgia en los inicios del tercer milenio. A los LX años de la Sacrosanctum Concilium*, Baracaldo, Grafite Ediciones, 2004, 295.

2 J. A. ABAD, «*Lex orandi...*» 295.

Romano Guardini, quien critica la liturgia de su tiempo por la reducción de la expresión sacramental que ella contiene, al punto que la circunscribía a lo mínimo necesario: materia y forma. El año 1947 da inicio la tercera y última fase de este movimiento con la promulgación de la Encíclica *Mediator Dei*, por el papa Pío XII, primer pontífice que impulsa la reforma de la liturgia, de cara a lo que finalmente propondrá el Concilio Vaticano II. «Gracias a esta declaración magisterial la liturgia, después de un largo periodo de olvido, se encuentra rehabilitada, con sus antiguos derechos y vuelve a encontrar su primacía espiritual»³.

La constitución *Sacrosanctum Concilium*, inspirada en la declaración que la *Mediator Dei* había dado de la liturgia⁴, propone dos definiciones que serán fundamentales en el momento de entender su sentido teológico y celebrativo. El numeral 7 dice que es «el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público»; y en el 10 se lee que la liturgia «es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza».

Según esto, queda claro que es en la liturgia donde la vida de la Iglesia se convierte plenamente en la vida de Cristo. «Sin la celebración litúrgica la Palabra de Dios sería un simple recuerdo edificante y crear lazos de comunión y de caridad entre los bautizados sería un ideal inaccesible. Faltaría la epiclesis (invocación) del Espíritu Santo que hace realidad el verdadero evento salvífico en la comunión de los creyentes»⁵. En ella, la Iglesia vive la fe, alimenta la esperanza y ejerce la caridad; es decir, se convierte plenamente en el Cuerpo Místico de Cristo. Salvatore Marsili⁶ llega a decir incluso que la liturgia «es el momento final de la historia de la salvación» en cuanto continúa en nuestro tiempo lo que en el suyo Dios portó a cumplimiento a través del misterio pascual⁷. Así, un único y

3 J. URDEIX, *Mediator Dei*, Barcelona, CPL, 2002, 3.

4 «La Sagrada Liturgia es, por tanto, el culto público que nuestro Redentor rinde al Padre como cabeza de la Iglesia, y es el culto que la sociedad de los fieles rinde a su cabeza y, por medio de ella, al Padre eterno; es, para decirlo en pocas palabras, el culto integral del cuerpo místico de Jesucristo, esto es, de la cabeza y de sus miembros» (MD 29).

5 M. NIN, *Las liturgias orientales*, Barcelona, CPL, 2008, 13.

6 S. MARSILI (1910-1983) es un monje y profesor, considerado el teólogo de la liturgia. Fue uno de los fundadores del Pontificio Instituto Litúrgico de Roma en 1961, del que será presidente durante once años, hasta 1972.

7 S. MARSILI, «La teología della Liturgia nel Vaticano»: AA.VV., *Anámnesis*, I, Génova, Marietti, 2012, 91-92.

esencial misterio lo llena todo en la Escritura y en la liturgia, fuera del cual no hay participación posible en el Misterio de Dios⁸.

Sin embargo, no podemos desconocer que todo esto pudiera parecer un ideal difícil de alcanzar, que se quedó escrito en los diversos documentos pontificios o en las introducciones de los libros litúrgicos. Pareciera incluso que a lo largo de estos cincuenta años de renovación litúrgica la Iglesia solamente se hubiera dedicado a publicar documentos alusivos al tema y normas que regulan cada una de las celebraciones, y no se hubiera esforzado por hacerlas realidad en la vida de los fieles, dando como resultado la crisis de desacralización y de secularización que vive nuestro mundo.

Esta formulación es completamente errada, ya que son innumerables los esfuerzos que la misma Iglesia ha hecho por concienciar al pueblo de Dios (obispos, sacerdotes y laicos) de que las celebraciones litúrgicas son mucho más que el compendio de rúbricas, y deben nacer del encuentro entre Dios y el hombre y ser, a la vez, culto de adoración al Padre, en el Hijo por el Espíritu Santo y ejercicio del sacerdocio común recibido en el bautismo. A este respecto, afirma el papa Benedicto XVI:

Estoy convencido de que la crisis eclesial en que nos encontramos hoy depende, en gran parte, del derrumbe de la liturgia que tal vez ha llegado a ser concebida incluso como si en ella no importase más si Dios existe y si habla o nos escucha⁹.

En este sentido, quienes están al frente de la cura de almas pueden ser responsables de esta crisis, ya que a menudo en las celebraciones litúrgicas Dios no está en el centro, ni su adoración, sino el ser humano y su deseo de protagonismo¹⁰. Por eso cada quien se considera con el derecho de quitar, poner, añadir, suprimir o innovar en la celebración, desconociendo la tradición de la Iglesia, el significado de cada rito, plegaria o signo, y haciendo de la liturgia un «espectáculo», que a veces pierde todo el valor y no trasfigura la vida de quien la preside o del pueblo de Dios que participa en ella.

Por otra parte, no se puede olvidar que, «el cristianismo posmoderno es hijo de la televisión y del Internet, dos medios que acostumbra a sus fieles a ser meros espectadores [...]. Fuera de las videoconferencias, la tendencia es ir por el camino de la inexpresividad y la expectación no participativa; y esto se expresa con claridad en las actuales comunidades eucarísticas»¹¹, donde cada vez es más

8 A. IVORRA, *Espiritualidad litúrgica en la postmodernidad*, Valencia, EDICEP, 20013, 35.

9 BENEDICTO XVI, «Carta a los obispos (7-7-2007)»: AAS 99 (2007) 796.

10 P. FERNÁNDEZ, *La Sagrada Liturgia en la escuela de Benedicto XVI*, Roma, Editrice Vaticana, 2014, 30.

11 A. IVORRA, *Espiritualidad litúrgica...* 76.

frecuente la falta de participación de los laicos que se contentan con solo asistir a la celebración como meros espectadores, olvidando el rol participativo de cada uno en la liturgia y, por tanto, la experiencia de comunión que se genera entre Dios y el ser humano.

La era de la comunicación y de la digitalización han hecho perder la capacidad de asombro y contemplación de las cosas. El inmediatismo de los acontecimientos y la facilidad para conseguir lo que se desea, han causado en no pocos una limitada imaginación y creatividad en el momento de elaborar algo, de reflexionar y trascender las cosas y los acontecimientos. Ciertamente, todo esto también ha afectado a la estructura de las celebraciones litúrgicas, al punto que el «sujeto celebrante» (presidente o asamblea) solo ve el acontecimiento externo y no contempla su fondo. Vive sujeto al tiempo al punto de hacerlo juez de un acto celebrativo (fue bueno o malo, porque duró mucho o poco tiempo) y racionaliza todo aquello que entra en la esfera de lo visible y de lo tangible, impidiendo incluso la acción del Espíritu Santo que «hace nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

Hablando de la crisis en las estructuras de las acciones litúrgicas de la edad moderna, Romano Guardini dice:

Las figuras no han sido suprimidas, desde luego, pues se hallan aseguradas por órdenes demasiado poderosas. Ninguna racionalización del mundo conseguirá que el bautismo deje de realizarse en la unidad de palabra y agua, o la autodonación de Cristo, en la comida del pan y del vino. Pero esa racionalización ha conseguido algo: el baño del bautismo se ha convertido en un simple rociar o salpicar con un poco de agua la cabeza del niño; y el pan, en una estrecha hostia, semejante al papel. La figura no ha desaparecido, pero se ha reducido a una dimensión mínima¹².

Lamentablemente, la vida religiosa se ha permeado fuertemente de esta realidad secularizante que afecta al mundo, y por eso la experiencia litúrgica que se vive al interno de muchas comunidades es pobre, por no decir vacía, perdiendo completamente su sentido y finalidad y reduciéndola en muchas ocasiones a algo meramente instrumental. Es decir, a una actividad más que forma parte de un horario comunitario que se debe cumplir diariamente, pero que no pasa de ser un conjunto de salmos que se recitan casi de memoria y velozmente, porque las actividades que se deben realizar en cada ministerio apremian, o donde el encuentro diario con Jesús en la eucaristía se reduce a la simple recomendación que hace el Derecho Canónico a los sacerdotes de celebrar la misa diaria y que, por lo tanto, a los que no han recibido el ministerio sacerdotal ni siquiera les compete.

12 R. GUARDINI, *El talante simbólico de la liturgia*, Barcelona, CPL, 2001, 43-44.

En el número 24 de la Constitución Apostólica *Evangelii Gaudium*, el papa Francisco exclama: «La Iglesia evangeliza y se evangeliza así misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo». Aquí reconoce el papa que la liturgia es bella en sí misma, no por lo que en ella se hace, sino porque es la expresión más profunda del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, razón por la cual puede evangelizar y evangelizarse a sí misma.

Esta belleza es tanto interior como exterior. Interiormente consiste en el deleite del alma que se regocija al estar con su Señor, en los momentos de oración y de adoración, por eso la liturgia debe llevar a los consagrados a saciarse plenamente de su presencia. Su finalidad no se fundamenta en gustos o sensacionalismos psicológicos ya que no se trata de si «me llega o no me llega» lo que se está celebrando y ni siquiera depende de las sensaciones que esto pueda causar.

Exteriormente, la belleza evangelizadora de la liturgia consiste en la manifestación de aquello que se ha contemplado y que luego se hace vida en la celebración. Es evangelizadora en cuanto que enseña, transforma la realidad del creyente, expresa y hace tangible una realidad trascendente, como es el Misterio de Dios. Por esta razón es importante celebrar dignamente los sacramentos, vivenciar cada uno de los signos que los componen y transparentar, a través de las palabras y las acciones, el misterio sagrado que estas encierran.

Las celebraciones litúrgicas, por tanto, deben ser un signo elocuente de la presencia de Cristo en medio de la Iglesia y, como todas ellas se realizan por medio de acciones simbólicas, urge redescubrir el sentido de cada signo, palabra y elemento; es decir, «que todo el ser humano, cuerpo y alma, se implique en la celebración, que toda la liturgia llegue a ser unidad de fe, de intercesión, de alabanza, en la armonía y en la unidad de todo el hombre y de toda la Iglesia»¹³.

La Liturgia, lugar de encuentro entre Dios y el hombre

Desde el inicio de la creación Dios siempre ha estado en continuo diálogo con el ser humano, estableciendo un vínculo de amor y una alianza de salvación universal con él. Sin embargo, muchas veces el hombre quebrantó esa alianza y el Padre, sabiendo que estaba perdido y era incapaz de volver a él, en vez de abandonarlo, en un acto de supremo amor, envió a su Hijo al mundo para sellar

13 J. CORBON, *Liturgia alla sorgente*, Magnazo, Qiqajon, 2003, 108.

de nuevo con la familia humana un pacto tan sólido que ya nada lo pueda romper. Jesucristo, el único justo, se entrega para ser clavado en la cruz trazando para siempre el signo indeleble de su nueva y eterna alianza¹⁴.

En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino [...]. Por este misterio, «con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida». Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació «el sacramento admirable de la Iglesia entera» (SC 5).

Quizá ha sido Lope de Vega quien, inspirado en las *Confesiones* de san Agustín, mejor ha plasmado con su pluma uno de los más hermosos himnos que refleja el drama del amor de Dios por el ser humano y esa búsqueda incansable de su felicidad, que es el deleite en sí mismo: «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras? / ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, / que a mi puerta, cubierto de rocío, / pasas las noches del invierno oscuras?». Y en otro soneto exclama: “«Cuántas veces, Señor, me habéis llamado, / y cuántas con vergüenza he respondido, / desnudo como Adán, aunque vestido / de las hojas del árbol del pecado!». Ambos himnos han sido tomados por la Iglesia en el rezo de la *Liturgia de las Horas*.

Por esta razón, la liturgia puede ser definida como el lugar del encuentro entre Dios y el creyente. A través del culto de la Iglesia los fieles, sea como cuerpo, sea como individuos, entran en la presencia de Dios uno y trino. Tal encuentro es personal de parte de los fieles, así como de parte de Dios. Por esta razón, la liturgia de la Iglesia se dirige al Padre a través de Cristo en la unidad del Espíritu Santo. Es un encuentro personal en el sentido de que la persona encuentra a las Personas divinas según el particular rol que cada una de ellas desarrolla en la historia de la salvación¹⁵.

La liturgia es entonces obra de la Trinidad, ya que en ella «la Iglesia celebra principalmente el Misterio Pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra salvación»¹⁶. Además, en cada celebración, especialmente en la eucaristía, el Padre continúa donando a su Hijo, actualizando en el hoy de nuestra historia dicho misterio y, gracias a la acción del Espíritu Santo, es posible adherirse a él y llegar así a participar plenamente de su gloria (cf. SC 2). Se asiste, a través de la liturgia, al mayor misterio de la vida, que no solo hace partícipe a la humanidad de la Pascua de Cristo, sino que, además, anticipa su destino final: la contemplación

14 *Misal romano. Plegaria Eucarística sobre la Reconciliación I.*

15 A. J. CHUPUNGO, «Nozioni di Liturgia»: A. J. CHUPUNGO (ed.), *Scientia Liturgica. Manual di Liturgia*, I, Casale Monferrato, Piemme, 1998, 21.

16 *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1067.

beatífica de Dios. Por este motivo, cada vez que se concluye el momento de la consagración en la misa, el sacerdote dice: «Este el sacramento de nuestra fe», a lo que el pueblo responde: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!».

Al ser la liturgia un misterio, una presencia y un acontecer permanente de la acción trinitaria, debe asegurar que el ser humano encuentre en ella la vivencia siempre actual de la inefable santidad de Dios dada por Cristo en comunión a los hombres; asegurando su participación en la naturaleza divina como don de la gracia y llegando a ser, incluso, anticipación de la bienaventuranza final y participación de la gloria celestial¹⁷. Se trata, entonces, de celebrar y vivir la liturgia como un encuentro permanente con la Trinidad, donde es el Padre «quien actúa por nosotros en los misterios celebrados; él es quien nos habla, nos perdona, nos escucha, nos da su Espíritu; a él nos dirigimos, lo escuchamos, alabamos e invocamos. Jesús es quien actúa para nuestra santificación, haciéndonos partícipes de su misterio. El Espíritu Santo es el que interviene con su gracia y nos convierte en el cuerpo de Cristo, la Iglesia»¹⁸.

La acción litúrgica es en sí misma una glorificación continua a Dios, ya que todo lo que en ella se celebra es manifestación de esta gloria. Es una *doxología* en la que la Iglesia alaba al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo (razón por la cual todas las fórmulas litúrgicas concluyen con la invocación trinitaria). Es una *anámnesis*, es decir, presencia sacramental de Cristo que, como «Pontífice de la Alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo»¹⁹, preside la celebración, habla en su Palabra, se ofrece como alimento y hace aceptables a los ojos del Padre los dones que la Iglesia le ofrece. Y es también una *epiclesis*, por medio de la cual se invoca al Espíritu Santo para que santifique todas las cosas, congregue a la Iglesia en un solo cuerpo y vivifique a sus hijos con el don de la gracia, llevando a plenitud su obra en el mundo²⁰.

Pero este encuentro entre Dios y el hombre, participación en la vida trinitaria, trascendente por demás, es una obra realmente grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados. En él, «Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa, la Iglesia, que invoca a su Señor y por él tributa culto al Padre eterno» (SC 7). Ante este misterio, la liturgia no puede ser más que una epifanía que manifiesta en su *ars celebrandi* el sentido más profundo de lo sagrado, expresado a través de la correcta y digna celebración de los divinos misterios.

17 J. L. GUTIÉRREZ, *Liturgia. Manual de iniciación*, Alcalá, Rialp, 2006, 35.

18 JUAN PABLO II, «Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*»: AAS 95 (2003) 70-71.

19 *Misal Romano. Prefacio de la fiesta de Jesucristo sumo y eterno sacerdote*.

20 Cf. *Misal Romano. Plegaria eucarística IV*.

Como ya se ha dicho, un elemento fundamental en este encuentro es el diálogo. El ser humano por naturaleza necesita dialogar, comunicarse, compartir. No puede vivir solo y aislado de la realidad que lo circunda. Lo mismo ocurre en su relación con Dios: es necesario que haya una comunicación entre ambas partes, algo parecido a un «encuentro dialogante». «Un diálogo progresivo en el cual Dios se muestra cada vez más cercano, en el cual podemos conocer cada vez mejor su rostro, su voz, su ser. Y el hombre aprende a aceptar conocer a Dios, a hablar con Dios»²¹.

La liturgia enseña que, en primer lugar, el ser humano debe asumir la actitud de escucha, porque es el Señor quien habla, para decir, como Samuel: «habla, Señor, que tu siervo escucha» (1Sm 3,10) o, como María, postrarse a los pies del maestro para atender su mensaje (Lc 10,38). De hecho, no puede haber celebración litúrgica sin Palabra de Dios, por la estrecha vinculación entre ambas. En la Biblia, la liturgia encuentra su fundamento y en la liturgia la Biblia manifiesta su expresión celebrativa. Por ello:

Cuando el diácono canta: *Lectio sancti Evangelii secundum...*, y el pueblo responde: *Gloria tibi, Domine*, estas palabras se refieren evidentemente al Señor que habla en el evangelio. Y, por ello a este Señor se le rinde, mediante la incensación del libro, el homenaje que merece como Palabra de Dios. Cuando la lectura acaba, se dice: *Laus tibi, Christe*. El Señor mismo es, pues, el que está allí y habla²².

Ante la palabra que Dios pronuncia, la Iglesia no puede permanecer muda, sino que responde, pero lo hace con sus mismas palabras, ya que, como dice san Pablo: «El Espíritu Santo acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene» (Rm 8,26). Por esta razón:

La Liturgia es también participación en la oración de Cristo, dirigida al Padre en el Espíritu Santo. En ella toda oración cristiana encuentra su fuente y su término. Por la liturgia el hombre interior es enraizado y fundado (Ef 3,16-17) en «el gran amor con que el Padre nos amó» (Ef 2,4) en su hijo amado. Es la misma «maravilla de Dios» que es vivida e interiorizada por toda oración, «en todo tiempo, en el Espíritu» (Ef 6,18)²³.

Responde además con la alabanza mediante el canto, y la acción de gracias, entonando con maestría y con júbilo –dice san Agustín– como quien tiene el alma inundada de regocijo y sabe que no puede expresar con solo palabras lo que siente en el corazón, prescinde de ellas y acaba en un sonido de júbilo²⁴. La liturgia, que

21 BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (26-9-2012).

22 R. GUARDINI, *El talante...* 35.

23 *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1073.

24 AGUSTÍN DE HIPONA, «De los comentarios de san Agustín sobre los salmos (Sal 32, s. 1, 7-8)»: *Liturgia de las Horas*, IV, Ripollet, Coeditores Litúrgicos, 1998, 1381-1382.

es la fiesta de Dios, no hace otra cosa que cantar, proclamar y aplaudir la gracia, la fuerza y la ternura de Dios, que no se quedó en las alturas, sino que se encarnó y vivió en medio de nosotros. Responde igualmente con la petición confiada al saber que el Señor escucha las súplicas de quien lo invoca con fe, «porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt 7,8); y «si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias» (Sal 34,7).

Responde también con el silencio. «Por medio de este silencio los fieles no se ven reducidos a asistir a la acción litúrgica como espectadores mudos y extraños, sino que son asociados más íntimamente al misterio que se celebra, gracias a aquella disposición interior que nace de la palabra de Dios escuchada, de los cantos y de las oraciones que se pronuncian y de la unión espiritual con el celebrante en las partes que dice él»; silencio reflexivo y contemplativo²⁵ que se hace oración.

Ulteriormente, el creyente responde con la propia vida. En efecto, afirma el papa Benedicto XVI: «Un elemento fundamental, principal, del diálogo con Dios en la liturgia, es la correlación entre lo que decimos con nuestros labios y lo que llevamos en nuestros corazones. Entrando en las palabras de la gran historia de la oración, nosotros mismos estamos conformados al espíritu de estas palabras y nos volvemos capaces de hablar con Dios»²⁶. Es entonces un diálogo existencial que comporta un estilo de vida coherente, y aquello que se ha escuchado, orado, meditado y contemplado se convierte en una eterna resonancia.

Es muy significativo que en el corazón de la misa, es decir en la plegaria eucarística, el diálogo introductorio invite al pueblo a levantar el corazón (*sursum corda*), como quien ha ofrecido al Padre la oración, la alabanza, la súplica, y ahora se ofrece así mismo. El corazón es lo más íntimo del ser humano y, en virtud de ello, «debe unirse a la oración de la Iglesia, para recibir su orientación hacia Dios de las mismas palabras que escucha y dice. La mirada del corazón debe dirigirse al Señor, que está en medio de nosotros: es una disposición fundamental. Cuando se vive la liturgia con esta actitud de fondo, el corazón está como sustraído a la fuerza de gravedad, que lo atrae hacia abajo, mientras se eleva interiormente hacia arriba, hacia la verdad y hacia el amor, hacia Dios»²⁷.

La liturgia es también un encuentro festivo que llena de regocijo a quien lo vive. El evangelista Lucas, en las parábolas de la oveja y la dracma perdida y del hijo pródigo, describe el verdadero sentido de la alegría que produce en el ser

25 PABLO VI, «Instrucción *Musica Sacram* (9-2-1967)»: AAS 50 (1968) 17.

26 BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (26-9-2012).

27 BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (26-9-2012).

humano encontrar aquello que posee un valor supremo y que es importante para la vida. El pastor que encuentra la oveja perdida «la pone sobre sus hombros gozoso; y cuando llega a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, diciéndoles: “Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido”» (Lc 15,5-6). Por su parte, la mujer que había perdido la dracma, «cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas, diciendo: “Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido”» (Lc 15,9); y, finalmente, el Padre bondadoso, cuando su hijo menor regresa a casa, sin importarle lo que había hecho con la herencia, simplemente dice a sus criados: «Sacad la mejor ropa y vestidle; y poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque este, mi hijo, estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado» (Lc 15,22-24).

Para el cristiano, el encuentro con Cristo en la celebración litúrgica debe producir el supremo gozo, porque tiene un valor superior a la oveja y a la dracma. Es el Dios de la vida el que llena plenamente la existencia humana. La Iglesia ha querido expresar este sentimiento de alegría de múltiples maneras, como los himnos pascuales de la Liturgia de las Horas, donde deja ver el sentimiento de la comunidad apostólica que se alegra en el encuentro con el Resucitado: «Se fue, pero volvía, se mostraba, lo abrazaban, hablaba, compartía; y escondido la Iglesia lo contempla, lo adora más presente todavía».

Es un encuentro fraterno que se comparte. Si hay algo que distinguió las celebraciones cristianas desde el origen, fue precisamente el compartir fraterno. Los evangelistas describen el encuentro del Resucitado con sus discípulos como un momento de intimidad y de amistad, donde el mismo Señor comparte con ellos los alimentos e incluso lo reconocen al partir el pan (Lc 24,13-35). El libro de los Hechos de los Apóstoles, en diversos lugares, dice que «los discípulos acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2,42). Asimismo hoy la reunión litúrgica debe seguir siendo un verdadero encuentro fraterno entre hermanos que, como Iglesia, se reúnen para vivir, manifestar y celebrar la fe.

Es un encuentro que causa temor, pero no miedo; temor ante el misterio que se manifiesta, se celebra y se comparte. Cuando en el Sinaí Yahvé se muestra a Moisés como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, este cubrió su rostro, porque tenía temor de mirarlo (Ex 3,6). En el encuentro con sus discípulos, el Resucitado les dice: «¡Ánimo, soy yo, no tengan miedo!» (Lc 24, 35-48). De la misma manera, el cristiano, ante el misterio celebrado (que siempre desbordará el entendimiento humano) guarda respeto y santo temor, se acerca a él con reverencia, lo contempla con admiración y lo vive en la profundidad de la fe. De ahí que sea importante revisar la actitud en la acción litúrgica y el comportamiento de cara a lo que se está celebrando.

Finalmente, es un encuentro transformante que implica a la totalidad de la vida de quien se acerca a él. El creyente que celebra la fe a través de la acción litúrgica no puede ser un sujeto pasivo e inerte, sino que debe estar dispuesto a dejarse interpelar por el Señor, que se acerca a su propia vida y, al igual que a Zaqueo, le dice: «Hoy quiero alojarme en tu casa» (Lc 19,1-10). Quien se encuentra verdaderamente con Dios en la liturgia, no puede seguir siendo el mismo, porque su vida trasforma, su presencia llena la existencia humana, y da valor para anunciarlo. Sobrarían los ejemplos al revisar la vida de los discípulos, de la primera comunidad y de los mártires de ayer y de hoy, para darse cuenta de que siempre hubo un antes y un después del «encuentro personal, vivo, de ojos abiertos y corazón palpitante, con Cristo resucitado (Lc 24,30)»²⁸.

Era precisamente la invitación que hacía el papa san Juan Pablo II a los sacerdotes, religiosos y seminaristas en Santo Domingo: «Si habéis encontrado pues a Cristo, ¡vivid a Cristo, vivid con Cristo! Y anunciadlo en primera persona, como auténticos testigos: “Para mí la vida es Cristo” (Flp 1,21). He ahí también la verdadera liberación: proclamar a Jesús libre de ataduras, presente en unos hombres transformados, hechos nueva criatura»²⁹.

La Liturgia, itinerario de interioridad

«Maestro, ¿dónde vives?». Es la pregunta que dos de los discípulos de Juan el Bautista hacen a Jesús, una vez que han oído decir que él es el Cordero de Dios, a lo que responde: «Venid y lo veréis» (Jn 1,38-39). Es la pregunta que da inicio a una experiencia de encuentro y de seguimiento de aquel que puede llenar de felicidad y de significado la existencia humana. Concluye el evangelista Juan diciendo que estos dos inquietos hombres «vinieron, vieron dónde moraba y se quedaron con él». Tres verbos, tres acciones, tres momentos que se convierten en un verdadero itinerario que va más allá de la mera experiencia humana, que trasciende los niveles del conocimiento y de la percepción racional y se transforma en un estilo de vida que implicará toda su existencia.

La experiencia del cristiano en la liturgia debe ser la misma que la de estos dos discípulos que, al escuchar hablar de Jesús, quieren saber más de él, al punto

28 JUAN PABLO II, *Homilía durante la misa para el clero, religiosos y seminaristas*, Santo Domingo (26-1-1979).

29 JUAN PABLO II, *Homilía durante la misa para el clero, religiosos y seminaristas*, Santo Domingo (26-1-1979).

de llegar incluso a pasar la tarde en su casa, en su presencia. Si anteriormente se ha dicho que la liturgia es un encuentro con el Dios uno y trino en la celebración del Misterio Pascual, la oración y los actos litúrgicos, ahora es necesario precisar que dicho encuentro solamente es posible, al igual que el de Andrés y Juan, si se emprende un verdadero itinerario que inicia al interior del corazón con el deseo de trascenderse a sí mismo (venir), que pasa por la contemplación (ver) y que tiene como punto culminante la celebración (quedarse). Desde este punto de vista, la liturgia debe ser, entonces, expresión del corazón que anhela saciarse de Dios.

Venir es un verbo de movimiento que implícitamente habla de un punto de partida y conlleva un punto de llegada. Ahora bien, en el aspecto trascendente de la liturgia, el punto de partida es la oración que nace del corazón, porque es allí donde la liturgia se convierte en vida. Se ora como se vive y se vive como se ama. Todo depende habitualmente del eje sobre el que se centra nuestra existencia, y es a partir de aquí de donde todo adquiere significado³⁰.

Pero ¿a dónde ir?, ¿a dónde lleva la oración? La respuesta a estos interrogantes la da el mismo Jesús cuando dice a sus discípulos: «Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,6). Entonces se trata de ir dentro de sí mismo, al interior del corazón.

El corazón, en efecto, es el lugar del encuentro auténtico consigo mismo, con los otros y, sobre todo, con el Dios viviente. No en modo estático, como un vacío por llenar, sino en modo vital, como el llamado de una presencia y como una respuesta creadora³¹. Fue esta precisamente la experiencia de san Agustín, que para encontrarse verdaderamente con Dios tuvo que reconocer que no era afuera donde él estaba, sino en lo profundo de su corazón. Así escribe en sus *Confesiones*: «Pero ¿dónde estabas entonces para mí? ¡Oh, y qué lejos, sí, y qué lejos peregrinaba fuera de ti [...], porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío» (*conf.* III,6,11).

Una vez que se ha iniciado el itinerario de la interioridad a través de la oración, se da un paso adelante y se llega a la contemplación (ver), donde la propia persona, imagen de la comunión trinitaria, que está en búsqueda de su propia imagen, se encuentra consigo misma y se descubre tal cual es. La liturgia vivida desde lo más profundo del corazón como una experiencia contemplativa ofrece al cristiano la posibilidad de profundizar en ese deseo y en esa búsqueda, colma de sentido su existencia y lo proyecta a una experiencia trascendente con el Dios vivo.

30 J. CORBON, *Liturgia...* 217.

31 J. CORBON, *Liturgia...* 218.

¿Qué vieron los discípulos que siguieron aquella tarde al maestro? ¿Qué contemplaron sus ojos? ¿Qué hallaron en este encuentro? Dice el evangelista: «Andrés llama primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos hallado al Mesías” (que quiere decir “cristo” o “ungido”)» (Jn 1,41). La liturgia, como itinerario de interioridad, hace posible el encuentro con el maestro; ninguna otra cosa se debe esperar, ni mucho menos buscar, porque de lo contrario perdería su verdadero significado. En este encuentro Cristo manifiesta su gloria como Señor de la historia, por quien y para quien fueron creadas todas las cosas (1Cor 8,6), y el creyente trasfigura su vida «progresiva y profundamente», como afirma san Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

Es esta precisamente la experiencia del Tabor, donde no solo Jesús se transfigura delante de Pedro, Santiago y Juan, sino que a su vez esta «epifanía» transfigura la vida de los discípulos, al punto que incluso querían permanecer allí y esto que habían visto y oído cambiará completamente la imagen que tienen del maestro y lo entenderán plenamente después de la resurrección (Mt 17,7). Del mismo modo,

toda la celebración de la liturgia, por la acción del Espíritu Santo, se convierte en una transfiguración del Cuerpo de Cristo y, por tanto, necesita que todo el hombre, cuerpo y alma se implique. Toda la liturgia llega a ser unidad de fe, de intercesión, de alabanza, en la armonía y en la unidad de todo el hombre, de toda la Iglesia³².

Llegado a este punto, el cristiano hace suyas las palabras de Pedro: «Señor, bueno es estarnos aquí» (Mt 17,4), porque el que ha encontrado al maestro a través de la oración o la celebración litúrgica, ha escuchado su palabra como una invitación a seguirlo, ha entrado en su casa para compartir el pan y le ha contemplado el «esplendor de su gloria». Entonces, ya no puede anhelar algo mayor, pues su existencia es plena, el Señor la ha llenado toda; es más, la ha transfigurado.

Quedarse con el Señor es entonces la meta del itinerario. A esto debe conducir la liturgia después de haber hecho todo un camino de interioridad en el corazón del creyente. Es esta la experiencia mística de los santos, el deleite del alma que se encuentra con Dios, el deseo de caminar con los pies en la tierra, pero con los ojos puestos en el cielo. Anastasio Sinaíta, comentando el evangelio de la transfiguración, dice:

Ciertamente, Pedro, en verdad qué bien estaría quedarnos aquí con Jesús, y permanecer aquí para siempre. ¿Hay algo más dichoso, más elevado, más importante que estar con Dios, ser hechos conformes con él, vivir en la luz? Cada uno de nosotros,

32 M. NIN, *Las liturgias orientales...* 17.

por el hecho de tener a Dios en sí y de ser transfigurado en su imagen divina, tiene derecho a exclamar con alegría: Qué bien estaría quedarnos aquí, donde todo es resplandeciente, donde está el gozo, la felicidad y la alegría, donde el corazón disfruta de absoluta tranquilidad, serenidad y dulzura, donde vemos a (Cristo) Dios, donde él, junto con el Padre, pone su morada [...]³³.

No se trata de vivir la liturgia como un refugio ante la cruda realidad del mundo o un complemento de otras formas más emotivas, porque sería –parafraseando a MacIntyre– instrumentalizarla con propósitos literalmente perversos³⁴. Se trata más bien de entender el valor más genuino que esta contiene y trascenderla a la realidad que manifiesta: «Es la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia, es decir de cada cristiano, a través de la cual se da gloria a Dios y el hombre alcanza su santificación» (SC 10). Es fuente, porque la liturgia es ante todo obra de Dios, que se manifiesta y se hace vida en cada celebración y de donde brota como un manantial perenne de gracia la salvación ofrecida por Cristo. Es culminación, porque hacia ella tiende todo; de hecho la liturgia terrena es una anticipación de la liturgia celeste que constantemente recuerda al creyente que el fin último de la existencia es la santidad.

Sumergirse, entonces, en el itinerario de la liturgia a partir de la interioridad es estar en un continuo movimiento, un ascenso constante a la montaña santa, donde se manifiesta la gloria de Dios, y en el cual se empeñan todas las fuerzas, para llegar sin desfallecer a la meta anhelada: gustar eternamente del misterio de Dios revelado, vivido y celebrado en la Iglesia.

La liturgia, celebración eclesial (comunitaria) de la fe

Una de las preocupaciones del concilio Vaticano II en la renovación de la liturgia, fue precisamente promover la participación activa y consciente de los fieles en la celebración, con el fin de que esta sea fructífera, no solo en las acciones, sino sobre todo en la experiencia que luego se transforme en vida (SC 11).

Esta participación es, ante todo, interna, es decir, que la mente y el corazón están despiertos, listos y activos y, en un segundo lugar, la acción exterior: decir y hacer cosas. Ambos aspectos son fundamentales e imprescindibles y se han de mantener

33 ATANASIO SINAÍTA, «Sermón en el día de la Transfiguración del Señor»: *Liturgia de las Horas*, IV, Ripollet, Coeditores Litúrgicos, 1988, 1079.

34 A. IVORRA, *Espiritualidad litúrgica...* 13.

en el orden de importancia señalado. Solo de esta manera se podrá comprender esta fundamental e importante enseñanza litúrgica del concilio³⁵.

Desde el inicio del cristianismo las primitivas comunidades tuvieron presente el carácter eclesial de sus reuniones. De hecho, una de las características que identificaban sus encuentros comunitarios para la oración, la escucha de la Palabra, la fracción del pan y el ejercicio de la caridad con los necesitados, era precisamente el sentirse miembros del único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, como bien lo describe san Pablo: «Porque en un mismo Espíritu todos nosotros fuimos bautizados, en razón de formar un solo cuerpo» (1Cor 12,13). Dice Pierre Grelot, comentando este versículo, que hay así una unión entre la comunión del cuerpo de Cristo y la realización de este cuerpo que es la Iglesia: es la celebración eucarística de la comunidad que realiza eficazmente la unidad de la Iglesia, porque pone en comunión con el sacrificio de Cristo resucitado. La *Cena del Señor* nos hace comer y beber a su mesa, para que seamos transformados en miembros de su cuerpo³⁶.

Como obispo de Hipona, Agustín también se esforzó por fomentar una liturgia participativa, recordando a la comunidad del norte de África la íntima relación entre el misterio de la eucaristía y el misterio de la propia vida. En el libro 22 de la *Ciudad de Dios*, describiendo el inicio de la misa el domingo de Pascua, dice: «Me dirijo hacia el pueblo; la iglesia estaba repleta, resonaba con voces de júbilo, cantando todos de una y otra parte: “¡Gracias a Dios, alabado sea Dios!”. Saludé al pueblo, y redobláronse las aclamaciones con el mismo fervor. Hecho por fin el silencio, se procedió a la lectura solemne de las divinas Escrituras. Cuando llegó el turno de mi exposición, hablé brevemente a tono con la grata circunstancia de tal alegría [...]» (*ciu.* 22,8,22).

Esta participación de la que habla Agustín «se mostraba además en la procesión con las dones, cuando los fieles presentaron sus ofrendas: el pan que habían cocinado, el vino que habían producido y la limosna para los pobres. El signo más completo de esa participación, sin embargo, llegaba en el compartir el único pan y el único cáliz durante la eucaristía. No era suficiente para los fieles simplemente comer el pan consagrado; todos los miembros de la asamblea litúrgica también bebían el cáliz, signo de la plena comunión eucarística»³⁷.

Son todas estas experiencias fundantes las que el concilio quiere fomentar y por las cuales propone una celebración plena, consciente, activa y fructuosa, para

35 P. FERNÁNDEZ, *La Sagrada Liturgia...* 21.

36 P. GRELOT, *Introduzione al Nuovo Testamento. La liturgia nel Nuovo Testamento*, Roma, Borla, 1992, 114.

37 K. F. PECKLERS, *Liturgia. La dimensione storica e teologica del culto cristiano e le slide del domani*, Brescia, Queriniana, 2013, 67-68.

que los fieles en ella no sean extraños y mudos espectadores (SC 48), sino que cada uno desde su rol particular sea sujeto celebrativo. Enfatiza además la *Sacro-sanctum Concilium* en el número 14 que esta participación, inherente a la naturaleza misma de la liturgia, es un derecho y una obligación del pueblo cristiano, en virtud del bautismo, por el que se constituye en «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido» (1Pe 2,9; cf. 2,4-5).

Las acciones litúrgicas no son, y no pueden ser por tanto, acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es «sacramento de unidad» (SC 26). Si bien es cierto que parten de la disposición del corazón de cada individuo, como se dijo antes, estas alcanzan su punto máximo en la participación comunitaria, donde no solo quien preside la asamblea celebra los divinos misterios, sino que todos los fieles junto con él «actualizan la salvación a su modo». El *Catecismo de la Iglesia*, haciendo referencia a quien celebra, dice claramente que «es toda la comunidad, el cuerpo de Cristo unido a su Cabeza quien celebra»³⁸.

Pero ¿cómo fomentar hoy la *actuosa participatio* de todos los fieles (clérigos y laicos) evitando los abusos, a los que lamentablemente se ha visto sometida en algunos casos la celebración litúrgica? El Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* da la respuesta:

El primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el rito sagrado es la adecuada celebración del rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios³⁹.

Al momento de hablar de la liturgia como una celebración comunitaria de la fe, es importante subrayar este aspecto al que se refiere el papa Benedicto XVI, cuando habla de «*ars celebrandi*», que se traduce como el arte de celebrar rectamente. El hecho de que sea una celebración comunitaria –eclesial–, y no privada, implica que tenga unas normas que aseguren su buen desarrollo, y, sobre todo, que le permitan al cristiano degustar el verdadero significado del misterio celebrado, sin olvidar que ante todo son acciones sagradas, porque se refieren directamente a Dios. Por esta razón, cuando cada persona ejerce su *función sacerdotal* en la liturgia, sea como cuerpo o como cabeza, está ejercitando el único culto público íntegro, edificando el cuerpo de místico Cristo, buscando su propia santificación y adorando al Padre por el Hijo con el Espíritu Santo (SC 7).

38 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1140.

39 BENEDICTO XVI, «Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*», 27 febrero 2007: AAS 98 (2006) 38.

Llama la atención cómo la *Sacrosanctum Concilium*, al referirse al tema de la participación consciente y activa, también hace notar la importancia que tienen, sobre todo, los pastores de almas, a los que invita a vigilar para que en la acción litúrgica no solo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles obtengan un fruto provechoso de ellas (SC 11). En este sentido,

el cristiano que participa en la celebración litúrgica está llamado a ser cada día más consciente de que su actitud principal y esencial no es hacer, sino escuchar, abrirse, recibir las palabras y ritos de la liturgia que le preceden y que le permiten transformarse, identificarse con Cristo por la acción del Espíritu Santo [...]. Las acciones externas son importantes y necesarias, pero secundarias, y tienen su razón de ser cuando facilitan el poder participar en la verdadera *actio divina*⁴⁰.

No puede haber, por tanto, un momento de experiencia eclesial más fuerte en la vida del cristiano que la celebración litúrgica, ya que: a) cuando la Iglesia se reúne para celebrar la eucaristía, es decir, para partir y compartir el pan, manifiesta la comunión más noble del ágape fraterno; b) cuando ora la Liturgia de las Horas, es ella quien en cada uno de sus miembros alaba, agradece y suplica a Dios Padre; b) cuando proclama las Sagradas Escrituras como maestra, enseña y, como discípula, escucha; c) cuando celebra los sacramentos como madre, engendra por el bautismo y, como médico, sana a través de la reconciliación. Es en la liturgia, sobre todo, donde se reconoce la dignidad de hijo de Dios, que permite al creyente acercarse con confianza al Padre que lo ama y lo escucha; pero es allí también donde se cumplen con mayor certeza las palabras de Jesús a sus discípulos: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

Liturgia, proceso mistagógico

Después de haber visto la dimensión trascendente, humana y eclesial de la liturgia y de tener claro que ella es, ante todo, acción de Dios y de su Iglesia, presencia de Jesucristo y de su misterio pascual, momento en el que se actualiza su designio de salvación universal, importa presentarla como acción mistagógica que al interno de la Iglesia ayuda al cristiano a conjugar las acciones divina y humana que en ella se realiza. Nada más erróneo que pensar en la liturgia como en un simple acto humano, sobre el que se puede hacer o disponer lo que a uno mejor le parezca: «Nada más ajeno a ella que un culto exterior; nada más lejano a

40 A. BERLANGA, *Adorar a Dios en la liturgia*, Barañáin, EUNSA, 2015, 248.

ella que considerarla como un conjunto de leyes y de preceptos con los cuales la jerarquía eclesiástica ordena el cumplimiento de sus ritos»⁴¹.

Todas las expresiones rituales son a su vez expresiones de fe y, por la misma razón, deben ser contempladas como tales. Lo interior y lo exterior nunca pueden estar disociados. Esto es importante porque la experiencia litúrgica no se podría concebir desde el drama y el teatro. Los signos sensibles de los que se vale la liturgia para conducir al creyente a la Jerusalén celeste, no son meras alusiones o *representaciones*, sino que tienen, de algún modo, entidad divina. Cada bendición, inclinación, oración secreta o en voz alta tienen su importancia. Todos estos elementos conllevan una verdad dogmática, pero su existencia no se limita a ser una mera catequesis. No solo aluden, también contienen lo que anuncian. Este es el principio fundamental de los signos litúrgicos⁴².

Romano Guardini ha presentado la liturgia con una imagen bastante significativa, al compararla con un *juego*, entendido no como algo sin valor e importancia, sino como algo en el cual todo tiene sus normas, reglas, significado, objetivo, metas y que adquiere un valor absoluto para aquel que se sumerge en él y, a través de él, recrea y da vida a un nuevo mundo. Dice, en efecto, Guardini:

Es que no es un trabajo, sino un juego *jugar* ante Dios; no crear, sino ser uno mismo la obra de arte, de ahí la esencia de la liturgia. [...] Mediante un código de leyes, ha reglamentado un *juego* sagrado que el alma ejecuta delante de Dios. [...] Porque, en último término, ¿qué ha de ser, en definitiva, la eternidad bienaventurada sino la acabada y celestial ejecución de este sublime *juego*?⁴³.

Es precisamente este el punto neurálgico de la acción litúrgica, entendida como mistagogía, que desde los comienzos de la Iglesia ha iniciado e introducido en la celebración de los divinos misterios, como manifestación y respuesta a la acción del Espíritu Santo, y que consta de una parte que es inmutable por ser de institución divina, y de otra sujeta a cambio, porque es realizada por hombres (SC 21), procurando que su contenido y su significado sean elocuentes y respondan a realidades concretas del ser humano, que incansablemente ha buscado relacionarse con Dios.

En este sentido, la liturgia ha estado siempre en constante renovación, explícita o implícitamente, ejerciendo su función de *opus Dei* a través de la cual el creyente se sumerge en el misterio de Dios, haciendo vida en su propia vida aquello que celebra dentro de la Iglesia.

41 P. FERNÁNDEZ, *La sagrada liturgia...* 18.

42 Cf. A. IVORRA, *Espiritualidad litúrgica...* 26-27.

43 R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, Barcelona, CPL, 2006, 59-72.

Lo que puede hacerse o no en la liturgia guarda un paralelismo con las palabras del Apóstol: «Todo es lícito, pero no todo es conveniente; todo es lícito, pero no todo es constructivo» (1Cor 10,23). Corresponde, pues, al prelado, tener control sobre estas cuestiones, ya sea por sí mismo o con la ayuda de especialistas⁴⁴.

En este sentido, el numeral 21 de la *Sacrosanctum Concilium* es enfático en tres aspectos: primero, revisar y suprimir los elementos que no responden bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia o han llegado a ser menos apropiados; segundo, señalar que la reglamentación de la sagrada liturgia es de competencia exclusiva de la autoridad eclesiástica, que reside en la Sede Apostólica y, en la medida que determine la ley, en el obispo; y tercero, nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia.

Los elementos humanos en ella son útiles y necesarios en cuanto mejor manifiestan el misterio divino; o inútiles y dañosos cuando lo ocultan o malinterpretan. Tales elementos, entonces, no solo se pueden, sino que incluso se deben, cambiar, en la medida en que se verifique que no corresponden a la naturaleza misma de la liturgia y actúan en ella de modo abusivo, o porque, siendo utilizados en el pasado, resultan ahora obsoletos y no cumplen ya el objetivo para el que fueron introducidos originalmente. Para ello, es necesario (siempre apoyados en este número 21) tener dos criterios: la *inteligibilidad* de los textos y de los ritos, que deben manifestar claramente la realidad que significan, y el *progreso* de la participación activa de los fieles⁴⁵.

La Instrucción *Liturgicae instaurationes*, publicada el 5 de septiembre de 1970 con el fin de aplicar debidamente la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, advierte que «la eficacia de las acciones litúrgicas no radica en someter los ritos a frecuentes experiencias y renovaciones, ni en tratar de simplificarlos cada vez más, sino en profundizar mayormente en la Palabra de Dios y en el misterio celebrado, que ven asegurada su presencia si se observan los ritos de la Iglesia y no los que un determinado sacerdote pudiera establecer fiado de su propio talento. Téngase presente, además, que las adaptaciones de los sagrados ritos, llevadas a cabo por la iniciativa privada de un sacerdote, ofenden la dignidad de los fieles y abren las puertas al individualismo y al personalismo en unas celebraciones sagradas que son acciones de toda la Iglesia»⁴⁶.

Continuando con la reflexión sobre el arte de la celebración, es necesario distinguir también entre la euforia subjetiva y emocional del verdadero encuentro

44 A. IVORRA, *Espiritualidad litúrgica...* 40.

45 P. BUA, *Sacrosanctum concilium. Storia/commento/Recezione*, Roma, Studium, 2013, 67-68.

46 CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, «Instrucción *Liturgicae instaurationes*», 5 septiembre 1970: AAS 62 (1970) 2171-2186.

con Cristo en la fe, en orden a armonizar la obediencia a las rúbricas y la forma atrayente de celebrar⁴⁷. Este, considero, es también hoy un punto de división con la piedad popular, ya que, lejos de querer armonizarse con liturgia, no solo está dejando de ser fuente de espiritualidad, sino que cada vez más se está emparentando con el folclore. Por otra parte, la pérdida del valor de los signos a causa del secularismo y el desconocimiento de la Historia de la Salvación asentada en las páginas de la Escritura completan las carencias con las que el hombre y la mujer postmodernos viven hoy su fe, y se refleja en las celebraciones⁴⁸.

No se trata de dibujar un panorama desolador que presente una brecha insuperable entre la normatividad litúrgica y el *ars celebrandi*, o entre la fe y la vida del creyente; sino más bien de reflexionar a fondo sobre el ser y el hacer de la liturgia, que le permita a todo el que quiere adentrarse en el misterio de Dios a través de la celebración de la Iglesia, y como ejercicio del sacerdocio común recibido en el bautismo, reconocer la dignidad que conlleva en sí misma la acción litúrgica y el carácter «performativo» que esta tiene a través de los signos, acciones y palabras que se desarrollan como un verdadero proceso mistagógico de iniciación y de maduración en la fe. En palabras de Guardini, se trata de

vivir litúrgicamente, movido por la gracia y orientado por la Iglesia para convertirse en una obra viva de arte, que se realiza delante de Dios Creador, sin otro fin que el de *ser y vivir* en su presencia; es cumplir las palabras del Divino Maestro que ordenan que *nos hagamos como niños*; es renunciar a la artificiosa y falsa prudencia de la edad madura que en todo pretende hallar un resultado, y *jugar* como David lo hacía delante del Arca de la Alianza⁴⁹.

Liturgia, fuente de revitalización

Finalmente, y a manera de conclusión de lo dicho, pero con la intención de proponer una reflexión más profunda sobre la importancia que conlleva la celebración litúrgica en la vida de la Iglesia, el significado que esta tiene y el papel que ejerce en la vida del consagrado, propongo cinco aspectos que permiten descubrir la liturgia como fuente de revitalización, que llena de vitalidad y de vigor la Iglesia misma y que aporta fuerza, vida y movimiento a la celebración eclesial de la fe, haciendo actual y plena de significado aquella actitud que el mismo

47 P. FERNÁNDEZ, *La sagrada liturgia...* 251.

48 A. IVORRA, *Espiritualidad litúrgica...* 11.

49 R. GUARDINI, *Espíritu de la liturgia...* 71.

Agustín refleja en su *Regla* sobre la oración: «Cuando oráis a Dios con salmos e himnos, que sienta el corazón lo que profiere la voz» (*reg.* II,11).

En primer lugar, es necesario dejar de lado los pre-conceptos establecidos que se tienen de la liturgia para ser capaces de abrirnos a la realidad trascendente que esta comporta: «Acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia» (SC 7); y sumergirnos en el misterio de Cristo, sumo y eterno sacerdote, que se ofrece en sacrificio agradable al Padre a través de su Cuerpo Místico.

Para esto es indispensable, además, recuperar el sentido y el valor de lo sagrado. El vacío o la frialdad de algunas celebraciones litúrgicas se relacionan con el proceso de secularización que está envolviendo al mundo, manifestando una sacralidad despojada, y el rechazo absurdo del simbolismo. Esto sucede cuando la asamblea se reduce a un encuentro social o cuando la reforma no es fiel a la doctrina, originando un fraude que convierte la reforma en revolución»⁵⁰.

El riesgo que corren todos aquellos que ejercen la cura pastoral (obispos, sacerdotes e incluso religiosos), es pensar que celebran la liturgia para los demás, olvidando que también ellos son beneficiarios de la gracia de Dios, que a la vez administran. Allí es precisamente donde la liturgia debe ser principio de revitalización, ya que, al ser la cumbre y fuente de la vida de la Iglesia, abarca toda su acción y, por tanto, a cada uno de sus miembros, haciendo de ella una liturgia permanente y transfigurando la propia existencia por la acción del Espíritu Santo en ofrenda agradable al Padre en Jesucristo.

En segundo lugar, la liturgia permite vivir la comunión plena con la Iglesia, de la que se es miembro desde el bautismo, y fortalecer la comunidad, experimentando interior y exteriormente que se es parte de un misterio de vida que se ha dado. Esto comporta renunciar a los criterios individualistas que colocan los propios gustos personales por encima de los criterios establecidos en la Iglesia. Es oportuno recordar aquí las palabras del Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*:

Para una adecuada *ars celebrandi* es igualmente importante la atención a todas las formas de lenguaje previstas por la liturgia: palabra y canto, gestos y silencios, movimiento del cuerpo, colores litúrgicos de los ornamentos. En efecto, la liturgia tiene por su naturaleza una variedad de formas de comunicación que abarcan todo el ser humano. La sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados en el orden y en los tiempos previstos, comunican y atraen más que la artificiosidad de añadiduras inoportunas (n. 40).

50 P. FERNÁNDEZ, *La sagrada liturgia...* 240.

Recuerdo ahora, en tercer lugar, una inscripción que se encuentra en la sacristía del convento de El Desierto de la Candelaria, en Colombia, escrita por el beato Diego de Cádiz: «Espacio y con devoción di, sacerdote, tu misa, que lo corrido y de prisa desdice de tu dignidad. ¡Y no sabes si será tu último sacrificio! Haz como debes tu oficio, y Dios te lo premiará». Esto para recalcar la importancia y la dignidad de aquello que se celebra, el decoro, el cuidado y la belleza de todo lo que se destina para las diversas celebraciones, no olvidando, además, que «en la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero» (SC 8).

La celebración –sea de los sacramentos o de la Liturgia de las Horas– es el lugar donde es convocada, vivida, celebrada, proclamada y cantada la fe de la Iglesia⁵¹. Por esta razón, en cuarto lugar subrayo la importancia de mantener vivo y eficaz el depósito de la fe recibida en el bautismo. Una fe que se hace vida en cada celebración, a través de los signos, palabras, cantos, gestos, etc., no olvidando, por lo demás, «que estos signos visibles que usa la sagrada liturgia han sido escogidos por Cristo o por la Iglesia para significar realidades divinas invisibles» (SC 33), pero buscando que a través de ellos el pueblo fiel que participa en la celebración, pueda comprender la realidad trascendente que estos signos representan y ejercitar la eclesialidad y comunión del Cuerpo Místico de Cristo.

Es, por tanto, urgente y necesario redescubrir el sentido de aquello que se realiza, buscando para ello que la liturgia sea el centro y el corazón de la propia vida, considerándola como substancial e imprescindible, viviendo de ella en su plena verdad y amplitud, como *fuerza y cumbre* de la vida consagrada. El consagrado debe ser el primero en gustar aquello que celebra, la Palabra que proclama, la fe que enseña, la salmodia que ora y la caridad que practica; de esta forma, revitaliza su propia vida con el don del Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5) y se hace actual, en cada uno, la doble finalidad de la liturgia: «Glorificación de Dios y santificación de los hombres» (SC 10), «dos fines inseparables y recíprocos que no pueden ser contrapuestos entre sí»⁵².

En quinto lugar, es importante recordar que la liturgia se convierte en un elemento de revitalización espiritual, si se promueve el estudio y el conocimiento de la misma. Con razón dice la *Sacrosanctum Concilium*: «A los sacerdotes, tanto seculares como religiosos, que ya trabajan en la viña del Señor, se les ha de ayu-

51 M. NIN, *Las liturgias...* 13.

52 P. FERNÁNDEZ, *La sagrada liturgia...* 20.

dar con todos los medios apropiados para comprender cada vez más plenamente lo que realizan en las funciones sagradas, a vivir la vida litúrgica y comunicarla a los fieles a ellos encomendados» (n. 18). Todo esto forma parte de un proyecto de formación permanente, a través del cual el consagrado conoce plenamente aquello que celebra con el fin de no ser un *repetidor* mecánico de fórmulas y acciones, sino un actor capaz de llenar de sentido y de vida cada momento celebrativo.

Esta instrucción en la ciencia litúrgica se debe comenzar desde la formación inicial de los candidatos que se preparan para recibir el sacerdocio. Desde el inicio de la reforma conciliar la Iglesia ha insistido, en varias ocasiones, en que la liturgia debe ser considerada como una de las áreas fundamentales de formación en los seminarios y casas de estudio de los religiosos, y debe contarse entre las asignaturas principales en las facultades teológicas. Se debe explicar tanto bajo el aspecto teológico e histórico como bajo el aspecto espiritual, pastoral y jurídico (SC 16).

A partir de una participación más profunda en la vida litúrgica, los estudiantes aprenden a alimentar su vida interior, adquirir gradualmente el espíritu de la meditación y la conversión del corazón. También la formación litúrgica revela a ellos la estrecha relación entre la liturgia y la vida cotidiana del sacerdote y el pueblo, un vínculo que empuja al apostolado y requiere evidencia de la fe viva que se actúa por la caridad⁵³.

Todo esto sirva, entonces, como un instrumento para revitalizar la propia vida a partir de la que es, por excelencia, obra de Dios en la Iglesia: la liturgia; con el fin de crecer cada vez en la perfección evangélica inherente al estilo de vida que exige seguir a Cristo casto, pobre y obediente, como un signo elocuente de santidad.

Juan Pablo MARTÍNEZ
Colegio Internacional San Ildefonso
y Santo Tomás de Villanueva
Roma

53 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA Y LA FORMACIÓN LITÚRGICA EN LOS SEMINARIOS, «Instrucción *In Ecclesiasticam Futurum*», 3 julio 1979: AAS 62 (1970) 10, § 3.

Resumen

Cincuenta años después de la clausura del Concilio Vaticano II, y por tanto, del inicio de la reforma litúrgica en la Iglesia, se necesita aún redescubrir el sentido de aquello que se realiza en cada celebración, buscando así que la liturgia sea el centro y el corazón de la propia vida, considerándola substancial e imprescindible, viviendo de ella en su verdad y amplitud, como fuente y cumbre de la vida consagrada. El religioso debe ser el primero en gustar aquello que celebra, la Palabra que proclama, la fe que enseña, la salmodia que ora, la caridad que practica. Revitaliza así su propia vida con el don del Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5) y se hace actual en cada uno, atendiendo a la doble finalidad de la liturgia: «Glorificación de Dios y santificación de los hombres» (cf. SC 10).

Abstract

Fifty years after the closing of the Second Vatican Council, and therefore, the beginning of the liturgical reform in the Church, it is still necessary to rediscover the sense of what is realized in each celebration, searching in such a way that liturgy is the center and the heart of one's life, considering it substantial and indispensable, living from it in its truth and amplitude, as source and summit of Consecrated Life. The religious must be the first in savoring what he celebrates, the Word he proclaims, the faith he teaches, the psalmody he prays, the charity he exercises. He revitalizes thus his own life with the gift of the Holy Spirit, who makes all things new (cf. Rev. 21,5) and who makes himself present in each one, paying attention to the double finality of liturgy: "Glorification of God and sanctification of men." (cf. SC 10)